

RESEÑAS

EHRENREICH, Barbara: *Ritos de Sangre, Orígenes e Historia de las Pasiones de la Guerra*. Espasa Forum. Madrid, 2000. 394 págs. ISBN: 84-239-9758-8.

La guerra, uno de los aspectos más decisivos a lo largo de toda la historia de la humanidad, factor fundamental de innumerables cambios y árbitro inexorable del devenir de los pueblos. Barbara Ehrenreich, autora del libro *Ritos de Sangre* nos quiere ofrecer una visión panorámica y global de qué es lo que impulsa al hombre a la guerra, desde un punto de vista teórico, pero con alusiones a numerosos ejemplos abarcando desde los primeros homínidos hasta la situación en el siglo XX; todo ello dividido en dos partes: en la primera se trata de ver cual es la base cultural, emocional y física que ha permitido el posterior desarrollo de la guerra; mientras que en la segunda parte se aborda propiamente la evolución de la guerra y las diferencias entre los distintos períodos y culturas.

Inicialmente se nos expone el motivo y la funcionalidad que el libro pretende, puesto que la búsqueda ambigüedad del título no hace más que corroborar un hecho indudable; no se trata de otro escrito dedicado a causalidades concretas de hechos puntuales, sino que pretende algo mucho más ambicioso, sacar a la luz el «verdadero» motivo de la guerra en general, así como las vinculaciones y consecuencias colaterales que implica un hecho tan trascendente y reiterado a lo largo de la humanidad, cubriendo un hueco que hasta ahora había dejado libre la historiografía, la teorización por encima de circunstancias temporales (pp. 13 a 17).

Parece inevitable hacer una comparativa entre la religión y la guerra, ya que ambos fenómenos tienen mucho en común en cuanto a su capacidad de captación, su difusión y el carácter sagrado y suprahumano que trasciende de su misma esencia. Los sacrificios son algo fundamental dentro de las religiones antiguas, formaban parte consustancial de sus rituales, las víctimas eran el alimento de los dioses, matar otorgaba el misticismo necesario como para que los rituales tuvieran ese aspecto sagrado así como la emotividad suficiente como para subyugar a las masas.

En los primeros momentos del género humano podemos hablar de una plena vinculación de la caza y la guerra, es más, la segunda parece ser una derivación evolutiva de la primera, se trataría del elemento diferenciador entre el ser humano y el resto de los primates (p. 63). Algo que se ha discutido en diversas ocasiones es la consustancialidad de la violencia con respecto del hombre, aunque en muchos casos a funcionado como eximente más que como teoría objetiva, pese a que se admite que no somos asesinos natos, necesitamos de una preparación, de un ritual que nos inicie tanto en la caza como en la guerra, algo que nos transporte a un mundo diferente, fuera de nuestro ser habitual (pp. 66 y 94).

Un factor decisivo dentro de la evolución del hombre es su debilidad en comparación con el resto de los animales, algo que tuvo que contrarrestar con un cerebro más desarrollado y la vida en grupo, el ser gregario. El estrecho margen que separaba la vida de la muerte entre los primeros y la dependencia alimenticia con los depredadores posiblemente hizo normal la figura del sacrificio, y así fue como se vinculó al depredador con la imagen de las divinidades, capaces ambos de quitar la vida al ser humano. La caza aparece en este momento como el factor diferenciador entre presa y depredador, una variación decisiva dentro de la psicología humana (p.129).

Este cambio fundamental que supuso el que el hombre llegara a convertirse en depredador y a utilizar de esta nueva forma la violencia fue algo más que genético, pues la cultura juega un papel importante para poder afianzar aquello que los genes sólo predisponen. El origen de la guerra, una deriva-

ción compleja de la violencia, no es, por tanto, mas que una reminiscencia de los tiempos en los que nos encontrábamos a merced de los depredadores (pp. 135 a 148).

Tras analizar cuales han sido los procesos que han llevado al ser humano desde los primeros pasos, dubitativos y llenos de peligros hasta convertirle en uno más de los depredadores que habitan el planeta, comenzamos a ver la aparición de otro proceso, la aparición propiamente de la guerra como tal, cuando se produce una clara disminución de presas y predadores (p. 180). Aunque se desconoce la motivación concreta que generó este cambio en las relaciones entre los distintos grupos tribales, se puede suponer una rivalidad por la captura del alimento así como un enfrentamiento por el territorio de influencia. Lo que sí está claro es que las tácticas y las armas empleadas en estos primeros momentos son las mismas que se utilizaban para la caza al acecho (p. 180). La guerra aparece, por tanto, como una adaptación a una carencia alimenticia, coincidiendo con la generalización de la agricultura y como una necesidad de conversión por parte del cazador de tiempos pretéritos, que intenta que su privilegiado estatus social se mantenga intacto, aunque no solamente se utiliza a la guerra como indicativo de privilegio social, sino que pasa a ser algo más, es el indicativo de la hombría; la sociedad patriarcal, fuertemente enraizada, relega a la mujer a un lugar de ostracismo y sirve de antítesis de las virtudes del guerrero; la imagen de la diosa depredadora del paleolítico queda casi olvidado por completo (pp. 191 a 200).

La aparición de la guerra dentro de las sociedades supone un «efecto dominó», pues nadie puede ignorar ni omitir su presencia, todas las culturas y grupos se ven inmersas dentro de su esfera de violencia. Esta dinámica hace que los bandos enfrentados vayan evolucionando a la par con un perfeccionamiento de las tácticas y la tecnología, en un proceso de adaptación ineludible e indispensable para la supervivencia tanto de las diversas culturas como de sus elites guerreras, los enemigos se necesitan entre si para seguir justificándose mutuamente (pp. 202 a 204).

Cuando la guerra adquiere una mayor complejidad es necesario una adaptación por parte de la sociedad, debe haber un grupo de personas civiles que sustenten a las elites guerreras, es necesario por tanto una diversificación del trabajo y la obtención de excedentes, el modelo de núcleos guerreros que se autoabastecen no es frecuente y tiende a ser eliminado por las sociedades por tratarse de algo dañino para la estabilidad y prosperidad de la misma (pp. 221 a 223). Los guerreros comienzan a ser verdaderos predadores de la vida por su elevada posición social y su capacidad de devastación; la guerra es la vida misma, sin ella su función dejaría de tener sentido (p. 225).

Debido a que era necesaria una preparación del hombre para llegar a ser guerrero y a la arriesgada tarea que se le encomienda, se hace precisa una sacralización de la guerra, con la introducción de rituales y entrenamientos específicos que hagan al guerrero capaz de afrontar la batalla, la verdadera prueba de fuego. Las religiones antiguas consideran como algo justificado y normal la utilización de la guerra por parte de los hombres, aunque la aparición del comercio supuso una reconversión en estos planteamientos, se introdujo la posibilidad de la adquisición de riqueza de forma pacífica, coincidiendo con la aparición de las religiones del Libro y el budismo, que nacen de pueblos de vencidos y pobres que aborrecen a las orgullosas elites guerreras (pp. 247 y 248); Dios pasa de ser un beneficiario de los sacrificios para convertirse en una víctima y en una referencia para todos los ámbitos de la sociedad.

No obstante, no será hasta la Edad Media cuando se produzca la verdadera sacralización de la guerra, coincidiendo con la inherente militarización de la Iglesia (p. 258), abandonando este compromiso contraído desde sus inicios al pacifismo para adaptarse a los nuevos tiempos en un mundo gobernado por las armas. La verdadera transformación se hace patente con la llamada a las cruzadas, en donde el enérgico papel papal deja claro el verdadero posicionamiento de la Iglesia con respecto de las elites guerreras, de hecho ellos mismos se convierten en guerreros activos, no se relegan a la militancia verbal.

Un cambio drástico dentro de los esquemas de la guerra y que acaba con el modelo prehistórico, antiguo y medieval se produce en el siglo XVI, con la aparición de las armas de fuego: supone la democratización de la guerra, acabando con el individualismo a favor de los grandes ejércitos bien engranados, pese a lo cual, las elites guerreras tardarán mucho tiempo en renunciar a su papel para convertirse en oficiales que mantienen las disciplina del grupo (pp. 268 y 269). La variación de estos esquemas supone la inserción de nuevas tácticas de guerra que posibilitan un mejor rendimiento para este desarrollo armamentístico y organizativo: la disciplina pasa a ser la herramienta indispensable para el buen funcionamiento de los ejércitos, coincidiendo con un aumento demográfico y provocando la aparición de una burocracia que gestione este y otros asuntos del estado, un estado que empieza a configurarse por el aún incipiente nacionalismo.

A finales del siglo XVIII se introduce una innovación que se verá consolidada en época de Napoleón. El concepto de nación hace que cambie la motivación de los soldados, ahora no se lucha por un estado o un noble, sino por unas ideas que se arraigan en el interior de cada uno de los hombres, acabando con los lentos y ordenados ejércitos de finales de la Edad Moderna y la pasividad de sus hombres. De nuevo se produce una remodelación de las tácticas y se explotan al máximo los recursos que ofrecen las armas de fuego. El linaje y la aristocracia guerrera quedan definitivamente relegados al olvido en este momento en pos del nuevo ideal: se trata del ejército de masas (p. 290).

El nacionalismo necesita para su refuerzo de la noción de pueblo, un pasado común, la identificación de un folclore propio y la educación de las masas para el mantenimiento de esta nueva «religión». La democratización del honor y el acceso a la lucha por parte de toda la población son las características principales.

La afinidad entre el nacionalismo y las concepciones religiosas es algo más que una mera hipótesis, especialmente durante la guerra, despertando el mismo fervor y vinculación en uno y otro caso, como se demuestra en el nacionalsocialismo alemán de defensa de la raza aria, el sionismo nipón encabezado por el emperador o el patriotismo estadounidense. Se desarrollan rituales específicos, existe un líder que sirve de referencia e indicativo a las masas, una vinculación directa con la religión o al menos se utilizan referencias divinas y una sed de guerra que alimenta a ese fervoroso nacionalismo que nos recuerda a aquel ancestral predador del que parecía haberse librado hacía tiempo la humanidad (pp. 305 a 333).

Pese a los increíbles avances tecnológicos que parecía podrían acabar con una guerra que suponía unos excesivos costes, no ha sido así, ahora no son las instituciones sino el dinero quien maneja las armas, y nos encontramos con millones de personas que viven de este destructivo negocio, aunque sí se ha apreciado un cambio, los enfrentamientos entre grandes potencias se han evitado hasta la fecha, se trata de guerras de «baja intensidad» que permiten el mantenimiento de los guerreros y la perpetuación del negocio de las armas. La guerra se ha extendido al ámbito civil, puesto que son la mayor parte de las víctimas y porque se ha procurado el acceso incluso de la mujer a la guerra.

Parece por tanto que la guerra persiste a todos los cambios estructurales que se han realizado a lo largo de la historia, es algo que tiene una cierta autonomía y se adapta y retroalimenta por sí misma al margen de las entidades culturales y las circunstancias a las que parece estar erróneamente supeditada (p. 351). La cultura es capaz de liberar al hombre de ciertas tendencias heredadas, aunque en ocasiones se produce el efecto contrario, la vinculación se hace aún más fuerte, haciendo que el ser humano llegue incluso a perder el control sobre la guerra una vez que ésta aparece en escena. La guerra es el verdadero predador que aún no ha sido derrotado (p. 354)

Podríamos decir que el instinto ha servido en numerosas ocasiones como eximente y justificante para determinados hechos violentos, aunque siempre haya estado combinado con otra serie de factores de tipo ideológico, político, religioso o económico. El instinto, bajo mi punto de vista, es más un instrumento que una causa. Como argumenta la autora del libro, existe una potencialidad innata del ser humano a la violencia por factores aún sin determinar de forma precisa, pero que desde luego no tienen por qué desarrollarse de una forma unilateral, la presunta inherencia belicosa del hombre ha servido de cómodo respaldo para aquellos defensores de la guerra y de los sacrificios desde la prehistoria hasta nuestros días.

A la hora de realizar un análisis tan complejo y global como el que se nos presenta en la primera parte del libro a cerca del nacimiento de la evolución que posibilita el nacimiento de la guerra encontramos numerosas referencias a diferentes culturas y momentos de la historia sin conexión directa entre sí. Esto posibilita el seguimiento de los procesos a largo de un dilatado período, pero también resulta arriesgado en determinados momentos la realización de paralelismos entre sociedades cuya fundamentación y características difieren de una forma diametral.

La imagen del depredador, los sacrificios religiosos y todo aquello que está vinculado de forma tan directa con la muerte tienen un significado de poder tan grande que sobrepasa incluso lo humano, de ahí su proliferación y su utilización a lo largo de las diferentes etapas de la historia. La utilización de la elevada emocionalidad derivada de todo aquello que tiene que ver con la muerte supone, por tanto, una forma de acceder a algo tan sagrado como el don de la vida. El depredador o aquella persona que puede utilizar como argumento a la muerte utiliza una de las más fuertes muestras de poder y dominio que existe, algo que han tenido presente desde siempre las elites sociales y los directores de los ejércitos modernos.

Uno de los debates fundamentales dentro de la argumentación de este libro, y en general entre aquellos que se han dedicado a reflexionar sobre la guerra y sus fundamentos, es el determinismo genético de algunos rasgos y tendencias; así como cuál ha sido la vinculación entre las diversas culturas (con sus ideas y preceptos) y el entorno del hombre. Se trata de un debate inconcluso y que desgraciadamente no parece tener un pronto final; existen demasiados argumentos que impiden que la balanza se incline hacia ninguna de sus dos posibilidades, debido seguramente a su complejidad, aunque parece claro que tanto la cultura como la genética tienen que ver de forma directa con algunas de las reacciones que el género humano desarrolla ante determinados impulsos, lo que desconocemos es si existe una preponderancia de una sobre otra, o si se puede llegar a saber cual es el porcentaje bajo el que se ve afectado un proceso tan dilatado y complejo como la guerra.

Dentro de la bien estructurada y desarrollada segunda parte del libro sólo cabe hacer una objeción en cuanto al contenido se refiere, cuando se nos habla del siglo XVI, en donde la autora comenta la aparición del nacionalismo como uno de los indicativos de los cambios que se producen en este momento. Se trata de una visión ortodoxa si utilizamos como referencia el materialismo histórico, aunque no deja de ser arriesgado. Las guerras en los siglos XVI y XVII tienen como denominador común un claro componente religioso y territorial; la internacionalización de los ejércitos evidencia el escaso valor del nacionalismo como impulsor de las actuaciones bélicas, pese a lo cual la mayor parte de los historiadores coinciden en afirmar que éste es el momento de gestación del concepto de nación, que emergerá con fuerza en la segunda mitad del siglo XVIII. El cambio que se produce en la guerra en el siglo XVI tiene que ver con un cambio de mentalidad en el ámbito militar, impulsado claramente por la generalización de las armas de fuego: cambia el concepto de ejército y con ello la forma de lucha por parte de todos los bandos enfrentados, es una adaptación lógica y necesaria; se relega ese odio ancestral que se tiene a las armas de propulsión, a las armas que no permiten la lucha individual cuerpo a cuerpo con el enemigo que tanto gusta a las elites militares.

La autora demuestra utilizar una amplísima, útil y variada bibliografía que denota una dedicación y maduración que sólo es posible bajo el prisma de varios años de investigaciones sobre el tema, aunque el empleo de las citas otorgue en algunas ocasiones un sentido confuso a las argumentaciones, debido a la sucesión continua de referencias sin un ordenamiento cronológico o cultural de las mismas, que dificulta un seguimiento continuo de la cuestión a tratar; aunque este aspecto parece limitarse exclusivamente a la primera parte del libro, debido posiblemente a su vocación temática. También es discutible el tratamiento directo que hace la autora de los textos antiguos, es necesario una reinterpretación de los mismos para poder dilucidar qué es lo que tienen de dato real, y que es lo que hay de referencia cultural o de simple falsedad.

Pese a la capacidad de adaptación que ha demostrado la guerra a lo largo de toda su historia, puede tratarse más de un recurso que adoptan las distintas culturas para equipararse y mejorar con respecto de las otras, que el propio hecho de que la guerra se retroalimiente y evolucione de una forma autónoma. El hombre ha generado una manera de dirimir determinados asuntos que es simple en cuanto a su finalidad, aunque sea compleja en cuanto a su realización. Lo que sí parece cierto es que cuando se entra en un momento bélico intenso se sufre un proceso involutivo del que es muy difícil salir, aún cuando se ha sido consciente que esa dinámica sería el fin de una cultura o grupo.

Este libro supone una amplia reflexión sobre uno de los aspectos más importantes y, según la autora, menos estudiados (aunque existe una amplia bibliografía a este respecto), de una forma teórica, de la cultura humana, se ha intentado ordenar un buen número de ideas diseminadas en un compendio que pese a ser ambicioso cumple con su objetivo primordial: la reflexión y la aportación de una base para continuar un debate que abre muchas preguntas, algo primordial para que el conocimiento sobre los rituales, sobre la guerra y el comportamiento humano en general siga beneficiándose de aquello que lo enriquece: las reflexiones serias y maduras, especialmente en materias tan complejas y cargadas como estas.

JAVIER POU SÁNCHEZ DE LA BLANCA

JACQUEMIN, Anne: *Guerre et religion dans le monde grec (490-322 av. J.-C.)*. SEDES, *Regards sur l'Histoire*, 140. Lieja, 2000. 192 págs. ISBN: 2-7181-9289-5.

Todos aquellos que nos interesamos por el mundo de la guerra en la antigua Grecia en todas sus facetas nos hemos visto gratamente abrumados por una serie de trabajos que sobre este tema se han publicado en Francia en los dos últimos años. Este considerable número de obras se debe sobre todo a que la cuestión de la guerra y sus aspectos sociales en la Grecia clásica (fundamentalmente, entre el 490 a. C. y el 322 a. C.) ha sido propuesta como uno de los temas para las «oposiciones» nacionales de profesorado del país vecino (*Capes y agregation* de Historia y Geografía del curso 2000-2001).

Verdaderamente, estos trabajos son muy útiles —y no sólo para los estudiantes—. Por un lado, buena parte de ellos resultan ser síntesis muy completas (por ejemplo, Corvisier 1999) y por otro recogen artículos de gran interés firmados por conocidos investigadores, que tratan los aspectos tácticos, sociales, políticos, religiosos, económicos e incluso culturales vinculados con el mundo bélico (especialmente, los trabajos reunidos por Brun 1999; Prost 1999 y Brulé y Oulhen 1999; este último es una recopilación de artículos ya conocidos de autores galos y anglosajones, todos ellos en francés). En otro orden de cosas, y fuera de estas publicaciones, habría que añadir el último libro editado por Hans van Wees, en el que se tratan diversos aspectos relacionados con la guerra y la violencia en un marco cronológico más amplio: desde los héroes homéricos a los reyes helenísticos.

El libro que aquí se comenta es una excepción puesto que aborda sólo uno de estos aspectos: la guerra y la religión. Aspecto sin duda muy destacado que por sí sólo ha generado numerosos estudios (p.e. Lonis 1979, Pritchett 1979 y últimamente, Jost 1999 y la propia Jacquemin 1999b). Y es que la guerra en la Grecia antigua estaba imbuida de un importante factor religioso y ritual. Anne Jacquemin, profesora de la Universidad Marc Bloch (Estrasburgo) y antiguo miembro de la Escuela Francesa de Atenas, conoce bien las interacciones entre la guerra y la religión de la Grecia de los siglos V y IV a. C. En efecto, así lo constatamos en este pequeño libro, que, como señala la propia autora, es un itinerario a través de los ritos de la guerra que demuestra que la relación que los griegos establecían entre lo sagrado y lo bélico no era algo extraordinario, sino que formaba parte de la vida cotidiana del militar, ya fuera una alto mando o un simple soldado.

El índice del libro es por sí mismo una buena carta de presentación; Jacquemin estructura su obra en cinco partes de forma coherente y ordenada. Así, según parece lógico, un trabajo que trata sobre religión debe comenzar por aquello que da forma al marco religioso de una cultura determinada, esto es, las divinidades; no puede haber rituales religiosos sin dioses. De hecho, en la introducción del libro, Jacquemin se pregunta si no hubiera sido mejor haberlo titulado «rituales ligados a la práctica de la guerra» ya que la religiosidad se compone fundamentalmente de rituales. Sin embargo, la propia autora reconoce que un título así sólo tocaría un aspecto del tema; faltaría lo concerniente a los dioses, a su influencia en la guerra, su protección, sus «apariciones» e incluso su «venganza».

De este modo, el libro comienza con una descripción de los dioses relacionados de una manera u otra con el mundo militar, continua con los ritos, ya sea en el campo de batalla, en el ámbito ciudadano o en los lugares de culto y los personajes públicos o privados que intervienen en ellos, finalizando con las leyes sagradas de la guerra y la importancia de los santuarios en la economía militar.

En la introducción se señalan las fuentes útiles para el estudio de este tema y cómo deben emplearse. Sin duda, Jacquemin conoce bien las fuentes para esta cuestión, ya sean arqueológicas o textuales (especialmente, Pausanias y Tucídides) y las utiliza abundantemente —y con acierto— en su discurso, demostrando un conocimiento casi enciclopédico.

Como se indicaba más arriba, la obra se estructura en cinco capítulos. El primero dedicado a «los dioses y a los héroes» comienza con el Ares homérico, que las presentaciones canónicas del panteón griego de los eruditos de época helenística e imperial presentaban como el gran dios de la guerra. Sin embargo este Ares literario no tiene nada que ver con el Ares de época clásica que, aunque tenía un importante carácter guerrero, no era el más destacado en la esfera bélica. Porque, como bien señala Jacquemin, casi todos los dioses podían ser invocados en tiempos de guerra, especialmente las divinidades poliadas. A continuación, la autora se centra en otras «fuerzas de la guerra», como son la pareja formada por el antiguo dios Enyalio y la diosa Enyo, en las personificaciones de conceptos abstractos como el Terror y el Pánico (*Deimos* y *Phobos*) o la Discordia (*Eris*), cuyo culto está bien atestiguado en santuarios de época clásica, en el dios arcadio Pan, venerado en Ática tras la batalla de Maratón, y

más adelante, en las personificaciones de la Victoria (*Niké*) asociada a Atenea, *Eirene* (la Paz) o *Homonoia* (la Concordia).

Dentro de este primer capítulo el apartado más destacado es el dedicado a las divinidades armadas, entre las que se incluyen las diosas protectoras de las *poleis*, especialmente Atenea, diosa de la guerra inteligente, frente a la guerra impulsiva y brutal de Ares. La principal diosa de los atenienses solía ser representada armada (iconografía tipo «*palladion*»), al igual que otras deidades protectoras de la ciudad, como Hera o Afrodita, y a veces en actitud de ataque en vanguardia o *promachos*. Sin embargo, Jacquemin llama la atención sobre este último término (p. 25) indicando que no fue utilizado para Atenea en época clásica; ni siquiera Pausanias (p.e. I, 28, 2) lo emplea cuando menciona a la famosa estatua de bronce atribuida a Fidias. Antes bien, se trataría de un epíteto tardío acuñado quizá por primera vez en el siglo IV d. C. Por el contrario, otras divinidades como Hermes en Tanagra y Heracles en Tebas tenían, según Pausanias, el apelativo de *promachos*. Atenea es una diosa fundamentalmente protectora de una comunidad, al igual que ocurre con otras divinidades a las que se representa en muchas ocasiones armadas, como Hera o Afrodita. Por lo tanto, esa misma función defensiva y salvadora las convierte sin duda en deidades muy relacionadas con la guerra aunque no sean diosas esencialmente belicosas (*contra* Solima 1998). Así, Jacquemin reconoce el carácter guerrero de Hera, incluso en Argos, donde la diosa ejerce un papel como divinidad del matrimonio y protectora de los jóvenes y de los caballos (*Hippia*). En el santuario argivo se celebraban competiciones en honor de la diosa (*Hecatombaea*, llamadas en época imperial «Escudo de Argos») en las que tenían lugar carreras de «carros de guerra»; además, aunque Jacquemin indica que en el santuario no se han encontrado armas (p. 26), sí parece que la Hera argiva recibió en época arcaica como ofrenda lanzas y flechas (Simon 1986: 245-246) lo cual refuerza el lazo de la diosa con el mundo bélico. Lo mismo se puede decir de sus santuarios en la Magna Grecia. Así, fue llamada *Hoplosmia* y *Eleutheria* en su santuario del cabo Lacinio y recibió armas en su santuario situado junto a la desembocadura del Sele (Posidonia) y en Vigna Nuova (Crotona). Siguiendo con las diosas armadas, Jacquemin destaca también la función protectora de Deméter y Afrodita y su vínculo con la guerra. Un caso aparte es la enigmática y cazadora Ártemis que, al contrario que las anteriores, raramente aparece la encontramos armada (tipo «*palladion*»). Con todo, como diosa relacionada con las áreas fronterizas tiene ciertas connotaciones guerreras. Así, en algunos festivales en su honor tenían lugar ceremonias de iniciación en santuarios fronterizos que incluían combates rituales entre jóvenes de comunidades vecinas. Y es que, como señala la autora, Ártemis es una de las grandes protectoras de los jóvenes. Este aspecto es tratado más adelante en un epígrafe en el que se plantea la cuestión, ya desarrollada por Lonis (1979: 200-218), de la función curotrófica de estas divinidades y su relación con la guerra (p. 34-35). De este modo, estas deidades ejercían una función como educadoras y protectoras de los jóvenes que participaban y se entrenaban en competiciones atléticas y luchas rituales, en las que los efebos aprendían las diferentes habilidades necesarias para combatir en el campo de batalla en la edad adulta. Por su parte, Apolo también ejerció esta función protectora y su relación con la guerra viene marcada por los rituales que se hacían en su nombre en el campo de batalla y por las armas halladas en algunos de sus santuarios (p.e. el santuario de Apolo Epicurio en Basas, Arcadia). Además, el reciente descubrimiento en Tesalia de una estatua de bronce del siglo VI a. C. en la que el dios aparece armado como un hoplita refuerza su vínculo con el mundo de la guerra y aporta un valioso documento para el estudio de la iconografía de Apolo (p. 33 y apéndice final).

Finalmente, en este apartado dedicado a los dioses y héroes no podía faltar el tema de las epifanías, cuyo relato por parte de los autores clásicos prueba una vez más la importancia de lo religioso en la guerra, y la presencia de los héroes en el campo de batalla como mediadores entre los dioses y los hombres.

Con todo, pese a que este primer capítulo es más que completo, Jacquemin parece olvidarse, en nuestra opinión, de hacer un estudio más detallado de otras divinidades que sin duda tuvieron mucha relación con el mundo bélico. Nos referimos a Zeus, a Poseidón y a los Dioscuros. La autora habla del primero cuando menciona los epítetos propios del dios como *Tropaios*, destinatario del trofeo levantado tras la batalla, pero no hay que olvidar además la destacada presencia de armas en el santuario de Olimpia, lo cual creemos que puede ser vinculado con las características del dios que preside el santuario, como el que arbitra las competiciones lúdicas y las batallas. Además, se han hallado armas en su santuario de Dodona, y el pórtico de Zeus Eleutereo del ágora ateniense estuvo decorado con varios escudos (Pausanias X, 21, 6). Por otro lado, en la guerra se contaba con el dios Poseidón, especialmente en los

combates navales, y en su santuario del istmo de Corinto recibió centenares de armas desde el siglo VII a. C. De igual modo, los Dioscuros o Tindáridas estaban muy relacionados con el mundo bélico; su nombre era utilizado como consigna de guerra (Eneas el Táctico, *Poliorcética* XXIV, 1 y ss.), y gozaron de especial popularidad en Esparta, donde acompañaban al ejército en campaña y donde su culto estaba relacionado con cultos iniciáticos y danzas armadas.

El segundo capítulo dedicado a los rituales de guerra es desde nuestro punto de vista el núcleo del libro. En este capítulo se desarrolla un argumento básico: en la guerra era necesario saber que se contaba con el apoyo de los dioses, ya fueran las divinidades locales o las honradas en los santuarios panhelénicos. En efecto, todos los actos militares eran sancionados con un ritual con el fin de garantizar la protección de los dioses. De esta manera, el ultimátum de guerra era más un rito religioso que un gesto diplomático (p. 48-49), y lo mismo ocurría con la costumbre ancestral de la tregua (p. 69-70) o suspensión de hostilidades (*spondai*). Pensamos que Jacquemin acierta al considerar que los rituales relacionados con la guerra constituyen una forma de cohesión entre los combatientes. De igual modo, los dioses y rituales son importantes para la integración en la sociedad y la legitimación de ciertos valores y normas. Así, Jacquemin divide los rituales de guerra entre aquellos realizados antes de la guerra, los previos al combate y los celebrados al finalizar la contienda. Entre los primeros destaca la consulta de los oráculos, destacando en época clásica el de Delfos, pero también el de Dodona o el de Zeus Amón en el oasis de Siwah. Durante la marcha de la tropa y antes del combate se seguía solicitando el consenso y ayuda de las divinidades; se realizaban sacrificios de animales con el fin de obtener signos de los dioses y para honrarlos, y se cantaba el peán, el canto apotropaico, que nuevamente era entonado, como acción de gracias, al concluir el combate. El fin de la batalla era marcado por el trofeo (*trophaion*) levantado en el campo de la contienda. Coincidimos con la autora en que el origen del trofeo es más antiguo de lo que generalmente se ha pensado. Así, aunque el término no aparezca, en la *Iliada* (X, 465-468), existe un ejemplo de un «primitivo» trofeo construido por Diomedes, quien tras vencer a Dolón dedica a Atenea las armas del vencido y las coloca sobre un tamarisco. De igual modo, creemos que la autora acierta al señalar que el *trophaion* es siempre antropomorfo y por lo tanto no se puede llamar, como se ha hecho, «trofeos tumultiformes» (término que no aparece en las fuentes) a los túmulos o amontonamientos de armas, que además no eran nada frecuentes entre los griegos (p.e. Jenofonte, *Anábasis* IV, 7, 25-26). Asimismo, pese a su forma humana el trofeo no parece tener un sentido mágico, según el cual las fuerzas desatadas en la guerra quedarían fijadas en él, o al menos los autores antiguos no dicen nada al respecto. Antes bien, parece que su apariencia de maniquí responde a razones de comodidad para poder sostener mejor la panoplia con la que se viste el tronco de un árbol (p. 63). Otro aspecto destacado que tiene lugar al finalizar las hostilidades, y que está relacionado con el rito de la tregua, es la recogida de los muertos para poder enterrarlos. La función de establecer la tregua para recoger a los caídos en combate era realizada por los heraldos, figuras sagradas, agentes y protegidos del dios Hermes (sobre esta figura, vease más adelante en capítulo 3, p. 97-99 y Fernández Nieto 1975: 107-109). En este apartado sobre la recogida de los muertos, Jacquemin llama la atención sobre la rareza de los enterramientos colectivos (*polyandreia*) en el campo de batalla. Entre ellos hay que destacar los conocidos de las batallas de Maratón, Platea y Salamina. No obstante, la autora indica que si en el caso de Maratón no hay duda de que se trata de un tumba colectiva para los atenienses que cayeron en la batalla, no ocurre lo mismo con el enterramiento de los de Platea, cuya identificación como *polyandreion* es actualmente muy discutida (p. 67).

Entre los rituales vinculados a la guerra celebrados en el ámbito ciudadano estaba precisamente la celebración de funerales públicos por los muertos de la guerra, cuyo ritual se ajustaba al esquema tradicional: exposición del cadáver y transporte al lugar de inhumación (p. 71).

La Dra. Jacquemin trata de manera magistral un apartado interesante dentro del marco de los rituales de la ciudad: las fiestas guerreras, como las celebradas en acción de gracias y por la victoria (*Nikéteria*) o los funerales por los héroes. En muchos de estos festejos tenían lugar competiciones (*agones*) y danzas guerreras que mostraban una evidente relación con la esfera bélica. Entre las competiciones estaban los concursos de armas (*hoplitrodromoi*), que aparecieron en Olimpia en el 520 a. C. y alcanzaron un gran éxito como lo demuestran sus numerosas representaciones en los vasos cerámicos y las estatuas de corredores con armas. Asimismo, tenían lugar carreras de carros de combate, pruebas a caballo o regatas. Todas estas competiciones estaban ligadas a la guerra en tanto que podían ser una forma de entrenamiento para el combate. De hecho, y en esto la autora quizá no insiste demasiado, la guerra griega, especialmente la hoplítica, estaba muy relacionada con el agón, de tal modo

que se puede hablar incluso de guerra agonística. Según Lonis (1979: 25), en la noción de agón predominan dos ideas fundamentales: por un lado, la rivalidad y el combate entre dos adversarios, y por otro, las reglas, las normas que los competidores deben respetar.

Como el agón, la guerra hoplítica se traducía en una serie de formalidades oficiales, celebraciones y rituales bien conocidos. La guerra y los agones tenían pues un claro sentido ritual, aunque ello no significa que la violencia del combate fuese algo irreal. Así, si definimos ritual como una acción reiterada que tiene lugar en un tiempo y en un espacio señalados por la tradición, y que cuenta con unas normas establecidas, podemos comprobar que tanto el agón como la guerra tienen un espacio y un tiempo definidos. El agón se celebra en un lugar, por ejemplo, un santuario, y en un tiempo estipulado (celebraciones de los Juegos Olímpicos o los Nemeos, festividades en honor a una divinidad, etc.). La guerra agonística tenía también un espacio y un tiempo limitados. De esta manera, los hoplitas, muchas veces de comunidades vecinas, se enfrentaban en campañas cortas y sangrientas, pero en un tiempo y en un espacio limitados: los combates tenían lugar en un momento del año concreto, generalmente en verano; tras decidirse la batalla, como estaba establecido, el vencedor honraba a los dioses levantando el trofeo y se buscaba una tregua para retirar a los muertos de ambos bandos.

Ciertamente, según creemos, este modo de concebir la guerra fue cambiando poco a poco a partir del siglo V a. C. —especialmente desde de la Guerra del Peloponeso—, sin duda, porque las estructuras sociales y políticas también se estaban transformando. Cuando este modo de hacer la guerra fue sustituido por otro en el que la contienda bélica se extendía temporalmente, y en el que los combates entre ciudades-estado daban paso a luchas por la hegemonía, muchas de estas formalidades y reglas perdieron en ocasiones parte de su importancia y algunos de los rituales cambiaron de sentido. Sin embargo, en la guerra nunca se dejó de contar con los dioses y de honrarlos cuando era necesario.

Finalmente, Jacquemin concluye este segundo capítulo con un apéndice sobre la debatida cuestión del sacrificio humano antes del combate. Puede parecer curioso que no haya introducido este tema en el apartado dedicado a los sacrificios previos a la lucha; sin embargo, como bien indica la autora, la documentación sobre el sacrificio humano —en el contexto de guerra— en la Grecia clásica no es abundante ni completamente fiable (p. 89).

Una vez analizado el mundo de los dioses, en un libro sobre religión y ritos sin duda no podía faltar un apartado dedicado a la otra parte: los hombres que intervienen o que hacen posibles estos rituales, ya sean magistrados, adivinos, sacerdotes o heraldos, ya sean ciudadanos comunes o soldados. Un aspecto interesante en este tercer capítulo es el dedicado a los adivinos y su destacada función en el mundo militar (especialmente, p. 107-116). Según la autora, estos adivinos (*manteis*), técnicos en la interpretación de los signos, a menudo llegaron a ser los «verdaderos artesanos de la victoria», y como tal fueron aclamados. De hecho, se les dedicó numerosas estatuas (p.e. Pausanias I, 27, 5; VI, 2, 4-5), lo cual muestra el prestigio que alcanzaron estos personajes, que solían acompañar a personajes importantes, como los que Nicias llevó consigo a la expedición de Sicilia durante la Guerra del Peloponeso y que tan aciagamente le aconsejaron (Tucídides VII, 50). Respecto a los signos, aunque los poetas preferían relatar prodigios, situaciones extraordinarias y los mensajes oscuros de los dioses, la mayoría solían ser, como en el caso de los auténticos oráculos, bastante sencillos, tanto que podían ser interpretados, con el correspondiente aprendizaje, por cualquier ciudadano.

Por otra parte, como bien indica la autora, la importancia de los signos, de los oráculos o de los prodigios, explica también porque tuvieron lugar tentativas de manipulación y se cometieran fraudes y sobornos, lo cual prueba por otra parte la fe extrema que los griegos tenían en ellos como manifestación del favor o reprobación de los dioses. De igual modo, no se puede olvidar la libertad ligada a la interpretación de los presagios por parte de los adivinos y estrategos (p.116-117). Y es que no hay que dejar de lado la idea de que la creencia en estos fenómenos o «milagros» era utilizada también con fines más profanos, como el mantener la fe y la cohesión del ejército e incluso como una táctica militar.

En el capítulo cuarto se analiza la cuestión de las leyes sacras vinculadas a la esfera bélica. En realidad, lo sagrado tenía mucho que ver con las limitaciones que existían en tiempos de guerra. En este capítulo la autora distingue entre las reglas establecidas para la protección de personas determinadas (heraldos, suplicantes o los actores, que eran una suerte de sacerdotes de Dioniso), así como el tratamiento de los prisioneros, y las reglas ligadas a un factor temporal, es decir, a «momentos privilegiados», como las festividades. Así, durante la celebración de las fiestas se suspendían una serie de actividades, entre las que se podían incluir las militares. Estos días en los que se aplazaban los actos habituales en una ciudad (*hieromenía*), tenían una duración variable. Sin embargo, en este aspecto

también se cometían irregularidades (p. 134). De esta manera, unas fiestas como las *Carneas* dorias duraban un mes, un tiempo sagrado que podía ser aplazado según las necesidades del momento; así, los argivos pretendían desplazar la fecha de estas festividades aprovechando la inexactitud de su calendario para poder alegar la tregua o al contrario no respetarla como en el año 419 (Tucídides V, 54).

Por su parte, al igual que determinadas personas eran protegidas en tiempos de guerra, del mismo modo los santuarios eran lugares privilegiados que fueron generalmente respetados por los griegos en época clásica.

En este mundo de reglas y de leyes no podían faltar las sanciones por las infracciones cometidas y las autoridades competentes encargadas de juzgar y sancionar (magistrados locales, sacerdotes de los santuarios, las anficionías). Sin embargo, en este aspecto también había desigualdades, lo cual muestra la dificultad que existía a la hora de fijar los límites en el marco del derecho de guerra.

Finalmente, este interesante libro se cierra con una cuestión que no siempre ha sido estudiada en los trabajos sobre guerra y religión, esto es, los santuarios y su influencia en la economía militar y viceversa (capítulo cinco). En este sentido, a ningún especialista se le escapa que los lazos entre lo sagrado y la guerra tenían un aspecto económico tangible. En efecto, los santuarios, además de centros de culto, eran lugares en los que se atesoraban riquezas ya que eran los principales beneficiarios de las campañas victoriosas, gracias a las cuales recibían numerosas ofrendas. Por eso mismo sufrían pillajes en periodos de guerra, que si bien no fueron abundantes en época clásica, sí que afectaron a varios lugares de culto (p. e. Herodoto, VIII, 32-33, 53). Para Jacquemin los dioses, poliados o de todos los griegos, eran los «banqueros» que podían contribuir con sus riquezas en la financiación de las expediciones (p. 149-151). En contrapartida los santuarios se enriquecían gracias a las victorias. Así, tras una batalla solía dedicarse a los dioses la décima parte del botín, al igual que se ofrecían las primicias de los campesinos o los utensilios profesionales de los artesanos. Por lo tanto, en este tema sobre guerra y religión, no podrían faltar las ofrendas dedicadas por los vencedores en los santuarios griegos. La autora conoce muy bien esta cuestión y así lo ha demostrado también en su monumental (y no sólo por el tema) *Offrandes monumentales à Delphes*, en la que se hace hincapié en que cada monumento u ofrenda tienen dos cosas en común: primero, honrar a la divinidad o divinidades embelleciendo su santuario (en este caso Delfos), y segundo, ofrecer una lectura, un mensaje, para quienes visitan el lugar. De este modo, las armas capturadas al enemigo, la «primera ofrenda después de una batalla», que muchas veces llevaban inscripciones votivas, ofrecían a quienes las veían, adornando columnas y muros de los templos, un mensaje de victoria. Lo mismo ocurría con las estatuas y los edificios que se dedicaban con parte de las ganancias del botín. Y es que no hay que olvidar, como ya señaló Pritchett (1971:100), quizá sin exagerar, que sin las guerras, pocos templos y otros edificios sagrados de Grecia habrían sido construidos.

Jacquemin finaliza este capítulo con la cuestión de la evolución de las ofrendas en los santuarios en época clásica. Así en el caso de las armas se observa que su dedicación comenzó a declinar en el siglo V a. C. Por ejemplo, en el santuario del istmo de Corinto tras el incendio del año 470 a. C. que destruyó el templo arcaico el número de armas disminuyó. Algo similar ocurrió en Olimpia, donde la cantidad de armamento de la segunda mitad del siglo V es bastante menor que la de los dos siglos anteriores. Este fenómeno se ha explicado por el desarrollo de un sentimiento panhelénico que hacía que resultase poco digno llevar a los grandes santuarios las armas de griegos capturadas por otros griegos. Sin embargo, seguramente existieron además otras razones ya fueran económicas, religiosas o incluso, como creemos, aquellas relacionadas con el nuevo modo de entender la guerra que se estaba imponiendo tras la Guerra del Peloponeso.

Finalmente el capítulo dedicado a las conclusiones refleja a modo de recapitulación los aspectos más interesantes del contenido del libro. Por último se incluye un apéndice dedicado al reciente descubrimiento en Tesalia de la estatua de bronce de un Apolo guerrero que comentamos *supra* y que constituye un valioso documento para el estudio de la iconografía del dios.

El libro incluye además una bibliografía selecta, pero muy acertada y actualizada, dividida en cuatro apartados (generalidades, divinidades, ritos y ofrendas), un glosario muy útil y un repertorio de autores con las fechas en las que vivieron y sus obras más destacadas.

Desde el punto de vista formal, lo único que se echa en falta es la presencia de imágenes que ilustren la obra, lo cual resulta ser una carencia importante ya que la iconografía griega, especialmente la que nos ofrecen los vasos pintados, es una de las fuentes más ricas para el estudio de la religión y su relación con el mundo de la guerra. Esto sin duda lo sabe la autora, y esta falta de ilustraciones, que

harían que la obra fuera aún más completa, se debe seguramente a una cuestión estrictamente editorial. Por otro lado, es muy de agradecer el que las citas en las notas a pie de página, muy abundantes, aparezcan completas y no haya que recurrir a una bibliografía final.

En suma se trata de una obra importante, de lectura muy amena, cuya provisión de datos anda pareja con la profundidad de su análisis, por lo que resulta ser mucho más que una mera síntesis. Sin duda este pequeño libro se convertirá en una obra de referencia y en cita indispensable para cualquier trabajo sobre religión griega en general y su relación con la guerra en particular.

REFERENCIAS

BRULÉ, P., OULHEN, J. (Textos reunidos y presentados por) (1999): *La guerre en Grèce à l'époque classique*. Presses Universitaires de Rennes. Rennes.

BRUN, P. (Coord.) (1999): *Guerres et sociétés dans les mondes grecs (490-322)*. Editions du Temps. París.

CORVISIER, J. N. (1999): *Guerre et société dans les mondes grecs (490-322 av. J.-C.)*. Armand Colin. París.

FERNÁNDEZ NIETO, J. J. (1975): *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia*. Santiago de Compostela.

JACQUEMIN, A. (1999a): *Offrandes monumentales à Delphes*. École Française d'Athènes. BEFAR 304.

JACQUEMIN, A. (1999b): «Guerres et offrandes dans les sanctuaires». *Guerres et sociétés dans les mondes grecs à l'époque classique*. *Pallas* 51, pp. 141-157.

JOST, M. (1999): «Guerre et religion». *Guerres et sociétés dans les mondes grecs à l'époque classique*. *Pallas* 51, pp. 129-139.

LONIS, R. (1979): *Guerre et religion en Grèce à l'époque classique. Recherches sur les rites, les dieux, l'idéologie de la victoire*. París.

PRITCHETT, W. K. (1971): *The Greek State at War*. I. Berkeley-Los Angeles.

PRITCHETT, W. K. (1979): *The Greek State at War*. III. Berkeley-Los Angeles.

PROST, F. (Textos reunidos por) (1999): *Armées et sociétés de la Grèce classique*. Editions Errance. París.

SIMON, C. (1986): *The Archaic Votive Offerings and Cults of Ionia*. Ph.D.(Diss.Abst) Ann Arbor.

SOLIMA, I. (1998): «Era, Artemide e Afrodite in Magna Grecia e in Grecia. Dee armate o dee belliche?». *Mélanges de l'École Française de Rome* 110.1, pp. 381-417.

VAN WEES, H. (Ed.) (2000): *War and violence in ancient Greece*. Duckworth and the Classical Press of Wales. Londres.

MARÍA DEL MAR GABALDÓN MARTÍNEZ
Universidad Autónoma de Madrid

DAVIS HANSON, Victor: *The Soul of Battle. From Ancient Times to the Present Day, How Three Great Liberators Vanquished Tyranny*. The Free Press, New York, 1999. 480 págs. Mapas. ISBN: 0-684-84502-2.

Victor D. Hanson ha sido responsable de una revolución en los estudios sobre historia militar antigua sólo comparable a la que, en un ámbito más general, tuvo el libro de John Keegan *The Face of Battle* (Keegan, 1976). En efecto, su obra *The Western Way of War* (Hanson, 1989), que debe mucho a la de Keegan —y lo reconoce— inauguró una nueva época en el enfoque sobre los estudios de la guerra en el mundo clásico, mucho más próxima a las realidades del campo de batalla y a las vivencias de quienes combaten en él. Complementado con su siguiente obra, *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience* (Hanson, ed., 1991) en la que con habilidad reunía a un amplio grupo de investigadores de primera fila en torno al concepto de la *experiencia* en el campo de batalla, los trabajos de Hanson han hecho mucho por acercarnos a la comprensión de la guerra en época clásica desde los ojos del combatiente, y por tanto constituyen obra de indispensable que ha constituido una clara referencia para estudios posteriores basados por ejemplo en el mundo romano (e.g. Goldsworthy, 1996; Gilliver, 1999).

Quien por otro lado se sienta tentado de pensar que Hanson, enfrascado en la visión del combatiente, carecería de la amplia visión necesaria para observar la guerra en su más amplia perspectiva, haría bien en consultar el que fuera su primer libro importante, su Tesis Doctoral, sobre *Warfare and Agriculture in Classical Greece*, que ha sido objeto de una nueva edición corregida y aumentada (Hanson, 1998). Este estudio sobre los aspectos económicos de la guerra en Grecia clásica, en el que aplica además sus conocimientos prácticos como viticultor, muestra de nuevo el mejor Hanson: sólido conocimiento y utilización de las fuentes combinado con una atención al detalle *práctico* que dota de vida y sentido a lo que de otro modo podría resultar, en el peor sentido, *académico*.

Por último, el vigor con que Hanson defiende sus ideas no puede quedar mejor reflejado que en el libro —decepcionante por otras razones, como sus mal elegidas ilustraciones— *The Wars of the Ancient Greeks* (Hanson, 1999), donde defiende con energía su negativa visión sobre el genio maligno de Alejandro III de Macedonia, visión con la que en muchos aspectos tendemos a coincidir.

En estas condiciones, esperábamos con el mayor interés y las mejores expectativas este trabajo de Hanson, *The Soul of Battle*, y hemos de confesar que, tras sus casi quinientas páginas, la impresión obtenida es de bastante decepción y desconcierto.

De entrada, y en común con la mejor tradición anglosajona, el libro tiene una *tesis*, la presenta claramente, y la defiende con vigor y competencia; de eso no hay la menor duda. Esto ya constituye un punto de partida prometedor, ante tantos trabajos cuya *tesis* no existe o está tan velada que el autor puede defenderse de críticas procedentes de cualquier dirección aprovechando calculadas ambigüedades. Nada de eso encontraremos en el libro de Hanson, y esto es de agradecer.

Ahora bien, ¿cual es esa tesis?. Queda clarísimamente expresada, incluso en su subtítulo: '*how three Great Liberators vanquished tyranny*'. Las democracias gozan según Hanson de una ventaja militar inherente sobre los regímenes autoritarios y despóticos, incluso sobre aquellos de entre ellos que, cultivando una ética militarista (como Esparta o los nazis, entre quienes el autor ve similitudes notables, pp. 374 ss., con diferencias de grado, al igual que considera a Alejandro Magno '*a kindred spirit to Hitler*', p. 21), forjan ejércitos en apariencia invencibles. Esa ventaja radica en que, si se ven provocadas hasta lo intolerable, o si ven en peligro su misma existencia, las democracias son capaces de crear con rapidez poderosos y masivos ejércitos de milicias (p. 84-85) que, rápidamente profesionalizados, resultan capaces de ponerse rápidamente a la altura de sus oponentes militaristas, vencerlos decisivamente, destruirlos para siempre... para en tan poco tiempo como surgieron, desmovilizarse, disolverse en la nada y regresar a cultivar sus campos o producir en sus fábricas. Para Hanson, la gran ventaja de estos ejércitos de las democracias radica en su superioridad moral, derivada de la justicia de su causa...(e.g. p. 13), superioridad moral que suele venir acompañada de un potencial demográfico e industrial por lo general superior a los estados despóticos, y que combinándose, aseguran la victoria. En estos casos, la democracia tiene la capacidad de poner en el campo de batalla fuerzas irresistibles, y la obligación de aplastar definitivamente a las fuerzas del mal ('*to rid the world of a great evil*', p. 411). Por eso, dice Hanson, en la guerra del Golfo de 1991 los americanos (p. 410, suponemos que quiere decir la coalición internacional...) debieron marchar sobre Bagdad y aplastar a la Guardia Republicana, base del poder de Saddam Hussein... debieron acabar el trabajo para luego disolver su ejército (pp. 411-412).

El siguiente paso en la argumentación de Hanson es el siguiente: estos ejércitos democráticos necesitan, para tener éxito, ser guiados por personajes que, para el gusto de la propia sociedad que les encarga el mando, resultan excéntricos, políticamente incorrectos, agresivos e incluso abiertamente desequilibrados, pero que son imprescindibles a esa misma sociedad democrática para obtener una victoria aplastante, creando un *esprit de corps* único (p. 270) y luego, en lugar de establecerse como déspotas militares ellos mismos, retirarse tranquilamente (p. 11). Estos generales hablan agresivamente, actúan con aparente brutalidad, pero en la práctica *ahorran vidas* -propias y del enemigo- con su actuación audaz y en apariencia brutal, de *guerra total*, porque acortan el conflicto mediante tácticas audaces que, menos sangrientas que los ataques frontales, desorganizan al enemigo y destruyen su moral de resistencia, demoliendo su autoimagen de invencibilidad (e.g. 399, 410 etc.).

Para demostrar esta tesis, Hanson nos presenta tres *case studies* en terminología anglosajona, tres ejemplos de audaces campañas dirigidas por personajes del estilo que hemos descrito, y que para Hanson son los verdaderos genios militares *buenos* de la Historia, y no jefes de *matones a sueldo* como Aníbal o Alejandro Magno, o Napoleón, incluso R. E. Lee, por no hablar de los malvados generales nazis; todos ellos pudieron ser buenos generales, pero palidecen ante los escogidos por Hanson por la maldad intrínseca de las causas que defendían (por ejemplo, pp. 5, 33, 399, 402, 408). El problema de esta argumentación es que por demás se parece bastante a criticar el cine de Leni Riefenstahl o de Einsestein por haberse producido bajo regímenes dictatoriales, como si su habilidad o incluso genialidad artística y técnica debieran ser empañadas y despreciadas por su servidumbre ideológica: es una opción que muchos siguen en estos tiempos (una película que no defienda los valores 'buenos' es 'mala'), pero no sabemos si es la correcta para un análisis histórico. Lo dudamos.

Los ejemplos escogidos por Hanson pertenecen a diversos periodos: Epaminondas, el general tebano del s. IV a.C. que derrotó a Esparta mediante una audaz marcha sobre el Peloponeso en el invierno del 370-369 a.C.; William T. Sherman, que puso las bases de la derrota confederada en la Guerra de Secesión americana, y G. S. Patton, cuyo III ejército, más que ninguna otra cosa, sería para Hanson el responsable de la derrota de la Alemania nazi, incluso pese a la timorata dirección de mediocres como Eisenhower y Bradley. Para Hanson '*It is tragic that the architects of such humanity still today are either unknown or misunderstood*' (p. 406)

Encontramos el conjunto de estos planteamientos de un simplismo tal que roza la ingenuidad, y de un maniqueísmo que a nuestro modo de ver se sale de lo que consideramos como la disciplina académica llamada 'Historia'. No negamos que en los ejemplos escogidos —y en otros— fuerzas militares mandadas por generales notables y también notablemente 'incorrectos' (al menos en el caso de Sherman y Patton) derrotaron a fuerzas pertenecientes a estados de una tradición militarista mayor. Sin embargo, la simplificación que lleva a cabo Hanson para probar sus puntos de vista morales hacen de esta obra más un estudio ético americano sobre la lucha del bien contra el mal, que un trabajo de investigación o incluso síntesis histórica. Mezclar acontecimientos separados por siglos en un tema moral común no hace mucho por dotar de solidez al trabajo, por mucho que esté plagado de notas y otro aparato académico: '*Among the greatest contributions of Western Culture were the destruction of Spartan helotage, Confederate slavery and German Fascism by other Western armies*' (p. 406). ¿Qué es, pues, para V. Hanson el 'alma de la batalla' que da título a su libro?: '*A rare thing indeed that arises only when free men march unabashedly toward the heartland of their enemy in hopes of saving the doomed, when their vast armies are aimed at salvation and liberation, not conquest and enslavement*' (p. 5).

El hecho de que la democrática Atenas —ejemplo para Occidente— no hubiera podido derrotar a Esparta, y en cambio Tebas sí, se soluciona fácilmente: la democracia ateniense encarnada por Pericles era también un estado imperialista y por tanto no tenía una verdadera ascendencia moral (p. 399), Tebas en cambio sí (p. 21 ss.). Nada se dice de los intentos de Tebas por convertirse en una potencia hegemónica regional del tipo de Atenas o incluso Esparta (Sordi, 1973)... la sensación que Hanson quiere ofrecer es que los tebanos se movieron por un genuino interés por la suerte de los ilotas meseños, siglos ha esclavizados, y no por establecer su propia liga hegemónica, primero en Beocia y luego en el Peloponeso cuando la creciente debilidad de Esparta se hizo evidente a todos. Igualmente, el hecho de que la democracia *yankee* se moviera en el fondo por intereses ajenos a la liberación de los esclavos del Sur, y de que tuviera su propia forma, ¿suavizada?, de esclavitud en las factorías industriales del Norte, tampoco es objeto de atención para Hanson. Por fin, el hecho de que no fueran sólo ejércitos occidentales, sino también -y quizá sobre todo- las tropas de la Unión Soviética de Sta-

lin —difícilmente una democracia parlamentaria— las que acabarían con los nazis, tampoco es tenido en cuenta. Volveremos sobre ello.

La visión que Hanson ofrece de la confederación tebana dirigida por el beotarca Epaminondas roza o entra de pleno en lo idílico: tras siglos de división, todos los honestos campesinos granjeros de Beocia se unen en un esfuerzo colectivo para defender su patria, sin disensiones, sin querellas, sin preeminencia de las viejas familias aristocráticas ni de Tebas sobre las aldeas... todos unidos para vencer a la esencia del mal representado por Esparta (pp. 27-28, 32). Epaminondas *'had once instilled a love of liberty and autonomy in Thebes'* y fue *'by ancient accounts the most energetic statesman and champion of liberty [sic] of the classical era'* (p. 21). Así, *'Add a readily identifiable philosophical idealism on the part of generals like Epaminondas and Pelopidas, and a natural empathy of the former disposed against Boeotians with the Helot serfs to the south at Sparta, and the idea of a future great Crusade against Sparta began to take root'* (p. 32). Pero ver Sordi, 1973, Roy, 1971 etc. Epaminondas es aceptado *at face value* como un asceta, idealista cuya bondad es contagiosa: sólo en su ausencia los tebanos destruyen Orcómenos por negarse a unirse a la confederación beocia (p. 55).

Entre todo esto, pueden encontrarse páginas brillantes, como la descripción de la íntima asociación entre estructura social, falange y tipo de guerra en la Grecia Arcaica (pp.35 ss.), aunque el empleo que se hace de su propia investigación -y la de otros- en la discusión ética que está en la base del libro es a menudo discutible. La a nuestro juicio distorsionada visión que de Epaminondas y el estado beocio tiene Hanson queda resumida en la p. 33 de su libro: *'Epaminondas, not King Philip. Not Divine Alexander, not wild-eyed Phyrus, and not one-eyed Hannibal, who all led hired thugs, was the real modern military thinker of the ancient world, the sole constitutional general who realized that a democratic nation in arms must make the entire society of the enemy pay for the aggression of its army, must convince his own democratic army that they are morally superior to the enemy'*.

Por el contrario, el retrato que traza Hanson del régimen espartano hace que el malvado imperio de *Star Wars* palidezca en comparación. No tiene reparo en hablar del *Spartan Soviet* (p. 64) al referirse a los ilotas, ni de la *ancient Gestapo* al referirse a la *krypteia* e incluso puede recordar que -por diferentes razones- nazis y comunistas soviéticos ensalzaron diferentes aspectos de la sociedad espartana (p. 68)... obviando que también las clases dirigentes de la democrática Inglaterra alababan las virtudes de aquellos lacedemonios. Al insistir en el hipermilitarismo espartano, Hanson obvia por completo la evidente reticencia de Esparta a entrar en guerra en casi todos los casos documentados.

La marcha de los tebanos hacia Esparta se presenta así como motivada *exclusivamente* por una ideología 'al estilo antiguo' y no por beneficio o botín, siendo pues reaccionaria en un peculiar sentido (p. 79, de nuevo en p. 87 y *passim*). En cambio, la intención de los hoplitas espartanos de marchar a defender los pasos montañosos que daban acceso a Esparta es descrita como propia de los *aristocratic hotbloods so typical of a militaristic culture...* (p. 88).

Hanson además pasa de puntillas por un detalle vital: si la intención expresa de Epaminondas y sus tebanos era acabar con el régimen de terror espartano y liberar a los ilotas... ¿cómo no destruyó definitivamente la guarida de la hidra?. La explicación que ofrece (pp. 91-92) no cuadra con la imagen de abrumadora superioridad numérica y cualitativa de los tebanos que ha narrado en las páginas previas...

Si en su análisis de la antigua Grecia muestra Hanson su dominio tanto de las fuentes y la metodología del historiador como de la agresividad dialéctica al servicio de un argumento, en la segunda parte, dedicada a la gran marcha hacia el mar de Sherman que -cortando en dos la Confederación en 1864- acabó de decidir la guerra, la polémica prima sobre el análisis. El mismo cuadro maniqueo aparece en estos capítulos: la Confederación de estados del sur era inherentemente maligna (*based on lie and sin*, p. 167), debía ser derrotada, y el abrumador ejército democrático que Sherman condujo desde el interior hacia el mar, cortando el territorio enemigo en dos, fue la clave de la victoria.

La formación del ejército de Sherman es directamente comparada a la articulación del de Epaminondas (pp. 152-153; 158), y el carácter ideológico (*sic*) de su causa es enfatizado de nuevo explícitamente (p. 163): *Sherman's march really was an ideological crusade; young recruits ...were convinced that they were in a total war with the haughty purveyors of real evil...* Así, los federales pueden ser descritos como 'vengadores' (p. 180). Del mismo modo, la marcha de Sherman prefigura la de Patton en 1944 (p. 254-255).

La valoración de las -lamentablemente escasas, dispersas, novatas y agotadas- fuerzas que la retaguardia confederada pudo oponer a la marcha del Sherman está a nuestro juicio interesadamente sesgada: al igual que luego hace con la Wehrmacht (*infra*), Hanson deliberadamente convierte a unos

miles de irregulares y a restos de unidades antes derrotadas en fuerzas que *'could have entrenched, ambushed and concentrated on one of Sherman's horns'* (pp. 170 ss.): este *what if* no resiste un análisis mínimo, pese a p. 174: de hecho, una carta del propio Sherman citada en la siguiente página testimonia que los campos confederados estaban vacíos de hombres asultos, soldados que luchaban al norte en el ejército de Lee. Por ejemplo, criticar a Wheeler porque sus 3.000 jinetes no se enfrentaron a fondo con el núcleo del ejército de Sherman carece de sentido (p. 172). En lugar de escribir (p.179) *'in the days after Sherman's departure, no Southern army coalesced to block his success, simply because no army believed it was in its power to do so'*, debería haberse escrito con más razón *'simply because not such an army existed in the whole area, nor could be built out of the scattered units available'*. De hecho, bastantes páginas después Hanson viene a reconocer que ese ejército -que critica no fuera lanzado contra Sherman- simplemente no podía existir porque Georgia estaba vacía (p. 205). De hecho, también, cuando los confederados rebañan el fondo del barril y lanzan un ataque desesperado con la milicia de Georgia, con el desastroso resultado que era plenamente predecible, tampoco a Hanson le parece bien: el ataque con esos muchachos y ancianos fue casi un crimen (pp. 170-171)... pero omite decir que también hubiera sido una estupidez usar la guarnición de Atlanta para enfrentarse en campo abierto con un ejército seis o siete veces superior, aunque viene a reconocer algo similar poco después (p. 181)... a qué ridiculizar, entonces, la sensata actitud de los confederados en p. 189-190?.

Pero, aparte de consideraciones militares, siempre discutibles, lo que predomina en el discurso de Hanson es de una simplicidad encantadora: la guerra de Secesión se reduce a que *'there is always a timeless, absolute difference between slavery and freedom, and those who battle for abolition and those who kill to defend slavery are qualitatively different and can be recognized as such'* (p. 241). Así, todos los confederados serían antes que nada esclavistas, y todos los federales, idealistas. Toda la ingente bibliografía existente sobre las causas y complejidades de la guerra civil americana queda en nada, así como las recopilaciones, basadas en correspondencia y memorias, sobre las muy diversas motivaciones de los combatientes de ambos bandos. Por eso, arguye Hanson, no toda la guerra es mala: hay guerras justas (p. 240). Volveremos sobre esa idea más adelante.

El análisis que hace Hanson de la figura de Patton muestra en primer lugar que no tiene la familiaridad con las fuentes que demuestra en la primera parte, dedicada a Epaminondas, y que está decidido a probar su caso con argumentaciones como mínimo discutibles que si en el caso de Tebas pueden admitirse debido a la falta de datos, son difícilmente aceptables para la Guerra Mundial, donde la documentación es abrumadora. Sólo así se explica el tratamiento abiertamente despreciativo que hace de las figuras de Eisenhower o Bradley, generales burócratas que no supieron comprender a Patton y que con su política timorata y burócrata habrían según el punto de vista de Hanson contribuido a alargar la guerra (pp. 307-314, 333-340, 400-402). Por ejemplo, la habilidad diplomática de Eisenhower como comandante en jefe del teatro europeo, decisiva para la victoria aliada, sobre todo ante *prima donnas* como Patton o Montgomery apenas si recibe crédito.

Ni siquiera tenemos tan clara como Hanson la genialidad táctica y operacional de Patton. Por ejemplo, si en Normandía consiguió perforar con facilidad el frente alemán con su recién activado ejército, fue porque previamente los anglocanadienses habían hecho —conscientemente o no, esa es otra cuestión— el trabajo sucio, atrayendo a lo mejor de las fuerzas alemanas, fijándolas y desgastándolas a un terrible precio delante de Caén (operación Goodwood, Villiers Bocage, etc.). A ello se añade que la Fuerza Aérea empleó sus bombarderos estratégicos para literalmente volar en pedazos la principal fuerza que se le oponía, la división *Panzer Lehr*, abriendo un hueco colosal a las fuerzas de tierra.

Mas peligroso resulta, por otro lado, el modo en que minimiza la decisiva aportación soviética a la victoria sobre la Alemania nazi (pp. 315 ss., p. 325-326). Como ha mostrado entre otros J. Ellis (a quien citamos como autor nada sospechoso de prosovietismo), fue la Rusia soviética la que rompió la espina dorsal de la Wehrmacht, en una lucha ante cuyas dimensiones y brutalidad palidece el teatro occidental (Ellis, 1993:355). Aunque Hanson alude a la abundante ayuda americana en forma de camiones, tanques y aviones a la Rusia soviética, y al alto número de divisiones alemanas en Occidente, desde Noruega a Africa, olvida lo esencial, quizá porque la victoria soviética no es la de un ejército democrático: que los alemanes perdieron en Rusia entre 1941 y 1945 4,9 millones de soldados, frente a 0,58 millones en Africa, Italia y Francia; más aún, que el esfuerzo militar calculado no por el número de divisiones en un momento dado, sino por el total agregado (*divisional combat months*) muestra que los alemanes dedicaron en ese periodo 7.146 meses/división al frente del Este, frente a 1.121 en Africa, Italia y Europa Occidental. Casi siete a uno. Hanson emplea y cita además abundantemente como apoyo a su idea del peso

decisivo del ejército de Patton en la victoria final bibliografía que puede y debe ser calificada como ‘propaganda de postguerra’, tal y como sucede con el libro (de 1947) *Defeat in the West* del periodista —y temporalmente oficial de inteligencia en el ejército canadiense— M. Schulman.

Hanson también presenta una simplista, monolítica y exagerada imagen de la potencia de la *Wehrmacht* en Occidente (pp. 315 ss.). Para él, todas las divisiones alemanas estarían al completo de potencia —en lugar de, como ocurría habitualmente— reducidas al tamaño de dos o tres batallones, salvo en el caso de algunas divisiones de *elite*, y por tanto acepta una falsa equiparación división por división, cuando cualquier división de infantería americana, con su fuerte artillería (Milett, 1988:78) (incluso para los estándares alemanes, Poppel, 1988: 203-204) y un batallón de carros agregado, tenía habitualmente tanta o más potencia de fuego que una división *panzer* de 1944, aunque se empleara peor. Para Hanson, todas las unidades alemanas estarían formadas por veteranos fanáticos —incluso las patéticas divisiones de *Volkstrumm* del final de la guerra, p. 318—, sin tener en cuenta que, por ejemplo, durante el desembarco de Normandía las divisiones de infantería alemana que defendían la playa eran unidades de segunda o tercera clase. Algunas de las unidades que acudieron como refuerzo, como la 276 división, contenían tropas de las más diversas procedencias, incluyendo prisioneros de guerra ‘voluntarios’ reciclados. Así, el regimiento 987 de esa división, según un documento capturado por tropas canadienses, revela una heterogénea composición: las libretas de paga en ese regimiento incluyen rusos, ucranianos, cosacos, armenios, azerbaijanos, georgianos, calmuco, uzbekos, kazakos, kirguises, bashkires, tártaros del volga y así hasta treinta y cinco pueblos diferentes... sin duda un enemigo terrible (Tute *et al.* 1975: 51).

Ignora también Hanson por completo el papel decisivo de la aviación estratégica —salvo para recordar que los rusos no la tenían— y táctica aliadas en la destrucción, parálisis y profunda desmoralización del ejército alemán, reflejada fielmente en todas las memorias de la época, desde generales (*e.g.* Senger und Etterlin, 1989: 218-223) hasta oficiales subalternos (*e.g.* Poppel, 1988, 154, 178, 233, etc.). Tampoco anota que, por ejemplo, frente a las 125 horas de entrenamiento que oficialmente recibía un piloto alemán desde Julio de 1944, su equivalente americano recibía 390 antes de ser enviado al frente (Murray, 1983: 314).

Finalmente, Hanson insiste en las dificultades logísticas del ejército de Patton, y sus limitaciones en el empleo de combustible... sin recordar para nada la catastrófica situación de la producción alemana de petróleo refinado, que inutilizó los avances conseguidos por el ministro A. Speer en la producción de carros o aviones... que carecían de combustible para moverse o despegar, y habían de hacerlo por turnos (*e.g.*, por citar una fuente de primera mano, Speer 1969, p. 487, pp. 670-71; también Murray, 1983: 272-76). Parece incluso que para Hanson la situación logística del ejército alemán a fines de 1944 era mejor que la americana (p. 321, p. 323), cuando por ejemplo los alemanes habían de añadir hasta un 20% de sal mineral a sus municiones por falta de explosivos! (Speer, 1969:487) y nada funcionaba ya normalmente por los bombardeos. En síntesis, Hanson tiende a exagerar la potencia del ejército alemán y a reducir cualquier apoyo externo al propio III ejército de Patton (incluyendo el decisivo de la aviación aliada), llegando a considerar como un lastre a los propios oficiales superiores de este general, desde luego menos *glamourosos*, todo ello para recalcar su decisivo papel en la guerra. No podemos estar menos de acuerdo con esta metodología. Todo ello sin contar con que difícilmente nadie —incluido el propio Hanson, p. 407— puede negar las inclinaciones aristocráticas, antisemitas, autoritarias y violentas del propio general Patton, que difícilmente puede ser considerado un general ‘demócrata’ al estilo de Marshall o Eisenhower. Tampoco vemos como se puede considerar a Epaminondas y Sherman como ‘predecesores espirituales’ de Patton (p. 301), incluso en el peculiar marco de argumentación que Hanson propone.

En medio de todo esto hay en el libro de Hanson indudables aciertos. A nuestro juicio el más claro es la insistencia de Hanson (‘políticamente incorrecta’) en que una aproximación radical a la dirección del combate en el campo de batalla (los niveles ‘operacional’ y ‘táctico’ en terminología alemana, no el estratégico), enfatizando la velocidad extrema, el flanqueo y la violencia más desatada en plazo breve en la práctica pueden acabar las operaciones con rapidez, ahorrando vidas en último extremo, tanto propias como del enemigo que, desorganizado y desmoralizado tiende a rendirse antes que a luchar hasta el fin (p. 290 ss.). Así, personajes como Patton o Norman Schwarzkopf en efecto habrían ahorrado muertes con su forma de llevar las operaciones, pese a las acusaciones de crueldad innecesaria levantadas por una prensa y comentaristas por lo general completamente libres de conocimiento sobre la realidad de la guerra. Hay también numerosos puntos de detalle de interés. Ya hemos aludido a la descripción del origen político de la falange hoplita (35 ss.); pero también pode-

mos encontrar páginas interesantes fuera de la especialidad del autor, como en su análisis de Patton como un personaje mucho más culto de lo que su imagen pública da a entender (pp. 274 ss.)

No cabe duda de que nos encontramos a una obra profundamente personal (basta leer la dedicatoria y el prólogo), escrita con convicción, entusiasmo, dominio de las técnicas del oficio y ocasional brillantez argumentativa. Por otro lado, pese a su ropaje académico (notas a pie de página, bibliografía) nos parece claro que no está en realidad dirigido a un público universitario y por tanto supuestamente dotado de una capacidad crítica agudizada, sino más bien a un público general al que el ropaje académico puede ayudar a convencer. Más aún, a menudo, leyendo en sus páginas, hemos tenido la clara impresión, inhabitual en obras científicas, de que se trata de una obra escrita claramente por un estadounidense, que defiende unos —bastante concretos y simplistas— valores, y dirigida a un público también estadounidense *mainstream*, que no necesitará mucho para aplaudir con entusiasmo los postulados éticos del autor. En ciertas páginas se hace expresa esa orientación estadounidense de la obra, como cuando se alude a un supuesto *carácter nacional* americano que le hace mejor soldado en el movimiento que en la defensiva... y no estamos leyendo un texto del s. XIX (*Patton also realized... that movement was the natural mode of the American soldier. As a product both of democracy and the frontier, he was used to moving on, starting anew, forever restless...* p. 291). Evidentemente, parece estar hablando del lejano Oeste en el s. XIX y no del ciudadano de 1944. En casos aislados, Hanson llega a personalizar: '*We [Americans] might have entered the European war late...*' (p. 388); '*the real problem for a democratic American army was never...*' (p. 410).

No son erróneos los valores que Hanson defiende, bien al contrario, pero sí es simplista y maniquea la argumentación que a partir de ellos emplea para realizar un análisis histórico. Para un europeo, o para un académico, las cosas y la historia tienen muchos más matices: hay blancos y negros, pero también muchos niveles de grises; hay tesis e ideas que defender, pero también un distanciamiento mínimo que aplicar al análisis histórico.

REFERENCIAS CITADAS

- ELLIS, J. (1993): *The Sharp End. The fighting man in World War Two*. London, Pimlico.
- GILLIVER, C. M. (1999): *The Roman Art of War*. Stroud, Tempus.
- GOLDSWORTHY, A. K. (1996): *The Roman Army at War, 100 BC-AD 200*. Oxford, Clarendon Press.
- HANSON, V. D. (1989): *The Western way of War. Infantry Battle in Classical Greece*. London, Hodder and Stoughton.
- HANSON, V. D. (ed.) (1991): *Hoplites. The Classical Greek Battle experience*. London, Routledge.
- HANSON, V. D. (1998): *Warfare and Agriculture in Classical Greece*. Berkeley, Univ. Of California Press.
- HANSON, V. D. (1999): *The Wars of the Ancient Greeks*. London, Cassell.
- KEEGAN, J. (1976): *The Face of Battle. A study of Agincourt, Waterloo and the Somme*. London, Jonathan Cape.
- MILLETT, A. R. (1988): «The United States Armed Forces in the Second World War». En, A.R. Millett, W. Murray (eds.) *Military Effectiveness*. Vol. III, pp. 45-89. Boston, Unwin.
- MURRAY, W. (1983, reed. 1996): *The Luftwaffe 1933-45. Strategy for defeat*. Washintyon, Brassey's.
- POPPEL, M. (1988): *Heaven and Hell. The War Diary of a German Paratrooper*. Tunbridge Wells, Spellmount.
- ROY, J. (1971): «Arcadia and Boeotia in Peloponnesian affairs 370-362 BC». *Historia* 20, 569-599.
- SENGER UND ETTERLIN, F. Von (1989, ed. or. 1960): *Neither Fear Nor Hope*. Novato, CA, Presidio.
- SCHULMAN, M. (1947, reed.1995): *Defeat in the West*. London, Masquerade.
- SPEER, A. (1969): *Memorias*. Madrid, Plaza y Janés.
- SORDI, M. (1973): «La restaurazione della lega beotica nel 379-378 a. C.». *Athenaeum* 51, 79-91.
- TUTE, W.; COSTELLO, J.; HUGHES, T. (1975): *D-Day*. London, Sidgwick and Jackson.

LARRAÑAGA, Ramiro: *Armeros vascos. Repaso histórico - Raíces y desarrollo*. Astigarraga, 2001. 271 págs., Figuras, Láminas. ISBN: 84-89696-28-4.

Ramiro Larrañaga (Soraluze-Placencia de las Armas, 1924) es maestro grabador de armas con una dilatada carrera en las fábricas de su villa natal y de Eibar. La inquietud de Larrañaga por conservar y documentar la tradición armera de su tierra han tenido como fruto una obra que desde 1970 es una de las más importante realizadas hasta el momento sobre los centros armeros vascos. Su preocupación se ha centrado en la publicación de documentos y relaciones nominales relativas a dichos centros y a sus armeros. El archivo documental que ha elaborado es esencial para el conocimiento de la armería vasca, pero se echa de menos que las referencias documentales y bibliográficas a este rico acervo no siempre han tenido traslado pormenorizado en sus publicaciones, instrumento necesario para control y acicate de futuros trabajos.

La presente obra sólo pretende ser un instrumento útil para el conocimiento de la armería vasca y del desarrollo industrial no sólo en el País Vasco. Por ello amplía y reforma los repertorios publicados anteriormente (Larrañaga: 1981, 1984, 1988, 1996) partiendo de sus propios trabajos de investigación y de los aportes de publicaciones recientes sobre el tema. Larrañaga aporta una amplia lista de 3.570 entradas nominales, referidas a armeros y, como novedad, a otras personalidades relacionadas con la industria armera. Cada entrada recoge el nombre, actividad y fecha de cada armero, siendo enriquecida en ocasiones con referencias a la localidad donde trabajaba, su firma o marcas. La consulta de esta relación es especialmente sugerente para el estudio del origen vasco de algunos de los principales armeros relacionados con otras manufacturas españolas de los siglos XVI-XVIII. A manera de apéndice incluye las marcas de los armeros más reputados y una selección de términos en euskera tradicionalmente utilizados en los talleres vascos.

REFERENCIAS

- LARRAÑAGA, R. (1981): *Síntesis histórica de la armería vasca*. San Sebastián.
LARRAÑAGA, R. et alii (1984): *Museo de Armas*. Eibar. San Sebastián.
LARRAÑAGA, R. et alii (1988): *Los Zuloaga. Dinastía de artistas vascos*. San Sebastián, 1988.
LARRAÑAGA, R. ALUSTIZA, N. (1996): *El grabado en Eibar. Nuestros grabadores*. Eibar.

ALVARO SOLER DEL CAMPO